

algunos aspectos de las ciencias aplicadas, como es el caso que toca en el aparte titulado "La curiosa historia de la máquina de escribir", lo que prueba que para una mente inquieta no existe asunto o tema, por modesto e intrascendente que parezca, que no ofrezca aspectos inéditos.

ELKIN GÓMEZ

La naturaleza sencilla, casi atroz

De clones, ciborgs y sirenas

Orlando Mejía Rivera

Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Bogotá, 2000. 55 págs.

Hace algunos años, en una presentación sobre la aplicación de los computadores a la enseñanza, alguien en la audiencia preguntó ansiosamente si, según mi criterio, las máquinas reemplazarían algún día a los maestros de escuela. "Las máquinas no reemplazarán a los maestros —respondí con énfasis—, pero los maestros que trabajan con máquinas reemplazarán a los que no quieren saber nada de ellas". Hoy en día mi respuesta resultaría un tanto obvia. En el momento en que escribo estas líneas, evitar el trato con los computadores sería una empresa tan ardua como aislarse del mundo. Más aún: de un modo en que ninguno de los que asistíamos a aquella reunión podía preverlo, los computadores han alterado significativamente la manera como impartimos la educación. Así pues, en un nivel, las nuevas tecnologías nos han obligado a pensar la educación como una tarea de equipo, como un diálogo constante del educador con sus colegas y con técnicos de computadores sobre la mejor manera de impartir la educación; en otro nivel, en la atmósfera intensa del salón de clase, las nuevas tecnologías han redefinido la jerarquía de los discursos: el profesor

ya no es el venerable profeta que ingresa en el salón de clase llevando consigo sus indescifrables notas; es apenas una persona un tanto más experimentada que sus estudiantes en el arte de hacer preguntas y de establecer relaciones entre las cosas. En el ámbito de un laboratorio esta pedagogía ha sido asumida casi naturalmente: en las humanidades, en cambio, ha encontrado alguna resistencia. En efecto, si se trata de hacer preguntas sobre nuestra condición humana, esas preguntas, ¿son las mismas preguntas de siempre?; y si lo son, ¿tiene sentido formularlas de nuevo? Son estas cuestiones las que debate el ensayo de Mejía Rivera.

Un breve repaso al legado del siglo XX le permite al autor enmarcar su pregunta. Entramos en el nuevo milenio sin saber todavía quiénes somos, con todas nuestras creencias desmanteladas y el poder inverosímil de transformarnos a nosotros mismos o destruirnos. La ciencia, que suponíamos de nuestro lado, ha desarrollado su propia dinámica, sus propias búsquedas cognoscitivas, casi sin contar con nosotros como no sea para deshumanizarnos. Esto, opina Mejía Rivera, es evidente en las tres ciencias de nuestro tiempo —la genética, la cibernética y la informática— y en la manera como conciben nuestro cuerpo: "Para la genética el cuerpo es un signo y un código, para la cibernética es un cuerpo híbrido donde se entremezclan lo biológico y el silicio, y para la informática es una mente o 'software' que ya no requiere en su funcionamiento de la materia antropomórfica, o sea, de su 'hardware' biológico" (pág. 45). Ante un estado de cosas tan melancólico, ¿cómo conservar esa integridad nuestra, nuestra humanidad?

Mejía Rivera vislumbra una solución en una idea del Heidegger tardío, más esencialista y ético que el Heidegger de *El ser y el tiempo*. En un ensayo titulado "Serenidad" (1955), el filósofo alemán establecía la diferencia entre el pensamiento calculador, propio de la ciencia y de la técnica, y la meditación reflexiva que caracteriza a la filosofía. La ta-

rea de esa meditación, en los tiempos que corren, no es condenar sino cuestionar los procesos cognoscitivos de la ciencia y de la técnica, su inmediatez, su pragmatismo, y ofrecerles a cambio una visión más amplia de esos mismos procesos y de sus repercusiones. Los polémicos experimentos con embriones humanos bien pueden ilustrar la pertinencia de esa meditación: ¿se debe adelantar la investigación de la clonación con fines terapéuticos aun a riesgo de promover otro tipo de clonación, la clonación con fines reproductivos?, ¿qué tipo de ser humano estaríamos creando si esas investigaciones se llevan a cabo?, ¿acaso no es la azarosa arquitectura genética, tan particular en cada uno de nosotros, uno de los componentes esenciales de nuestra naturaleza humana?



Aunque es evidente la complejidad de estas preguntas que un filósofo pondría sobre la mesa del investigador científico, imagino que el científico podría responder con otra serie de preguntas no menos complejas: ¿qué concepción del ser humano tiene quien hace estas preguntas?, ¿acaso no lo mueve a hacerlas la nostalgia de un ser humano que ya no existe? Mejía Rivera, que es médico y filósofo, conoce el desgarramiento que hay en este cruce de preguntas, la urgencia que las inspira, pero también la nostalgia que las inspira. Así pues, hay un momento en

que invoca un pensamiento de Baudrillard —“jamás sabremos quiénes somos”— para animarse a mantener en vilo tales preguntas, para “seguir pensando el camino de lo humano, incluso cuando lo humano se transforme en algo que ya no sea humano para nosotros” (pág. 30); y de igual forma hay un momento en que la nostalgia parece ganarle la partida, cuando afirma que el acto de escribir y de leer es para él “conservar la mirada humana y el rostro humano; es negarnos a rendirnos como personas; es insistir en la utopía” (pág. 16). Más aún: en un ensayo sobre los escritores colombianos de su generación publicado en www.librusa.com, Mejía Rivera emplea la expresión “generación mutante” para caracterizar el desarraigo geográfico de estos escritores y su poco interés en los valores esencialistas (la identidad nacional) que tanto preocuparon a las generaciones anteriores; en *De clones, ciborgs y sirenas*, por el contrario, recuerda una escena de la película *Blade Runner* para ilustrar la búsqueda de lo esencial humano en que está empecinado Batty, el androide.



Un ensayo es un ejercicio del pensamiento, una oportunidad para comprobar los límites y la coherencia de nuestras propias meditaciones. En el desarrollo de ese ejercicio de pensamiento, Mejía Rivera se ha planteado un dilema de siempre, tan agudizado en estos días, entre la fascinación que el futuro ejerce sobre nosotros y la nostalgia de una inmutable esencia que quizá nunca tuvimos. Un vasto número de lectu-

ras lo acompaña en sus reflexiones; a veces, es verdad, el exceso de referencias y epígrafes le presta una solemnidad que no necesita; quizá sea éste un gesto de su timidez; quizá el viejo profesor en que me voy transformando ha comprobado ya demasiadas veces la naturaleza sencilla, casi atroz, de las preguntas que nos obsesionan.

J. EDUARDO
JARAMILLO-ZULUAGA
Universidad de Denison

Desde el tiempo del ruido

Documentos para entender la historia de Colombia

Enrique Santos Molano
Planeta Colombiana Editorial, Bogotá,
2000, 266 págs.

En verdad no es posible entender la historia de ninguna patria. Mientras haya muertes de por medio ninguna historia es clara. Podemos, sí, entrar en ella como quien visita una oscura casa abandonada, y salir de allí con la certeza de que, en efecto, en su interior tuvo que haber pasado algo siniestro, algo atroz. Enseguida experimentaremos que en sus piezas se confunden las bestias y las bellas; que todo héroe presente fue víctima en el pasado, y que en el futuro no será nada más que un hecho histórico. Pero si entramos a la casa que representa la historia de Colombia, y si de ella extraemos dos o tres documentos, igualmente dejados, viviremos además un sentimiento de profunda e irremediable indefensión: la comprobación de ser herederos de una serie inhumana de juicios y valores; de haber estado en casa del ladrón, transando con él las maneras de atraparlo; de constituir una sociedad donde a unos nos quitaron todo lo que no merecíamos, donde los otros poseemos todo lo

que hemos rapado y donde el resto no cuenta; y por supuesto, sufriremos el razonamiento de que ya nada puede hacerse, y la triste verdad de que nuestro presente de víctimas tiene como victimario al pasado. No en vano se ha hablado o, mejor, se ha concluido, que la situación de guerra en nuestro país se debe básicamente a una *tradición de odios y venganzas*. Odio, que se devela en el testimonio notarial sobre la captura de Sagipa por los hombres de Jiménez de Quesada y su posterior tortura para obligarlo a revelar el sitio donde escondía los tesoros de El Dorado; y venganza, como lo demuestran los sucesos de nuestra revolución y los hechos de violencia relatados en los informes que en los últimos años vienen presentando las organizaciones que investigan la violación de los derechos humanos. Informes que —si bien en el libro de Santos Molano no están reseñados como documentos históricos, y en su esquema no tendrían por qué estarlo— sin duda constituyen herramientas únicas, si no para entender sí para comprobar que todavía hoy, posiblemente con mayor barbarie que nunca, seguimos construyendo una historia de infamias... edificando una casa con huesos y con sangre.



Documentos para entender la historia de Colombia, tiene un evidente propósito, como es llevar a los estudiosos o aficionados aquellos documentos que nos resultan de difícil ubicación cuando no inaccesibles, y que constituyen sólidas columnas en la estructura histórico política de Colombia. Entre otros